



Para ver lo que Marilyn anunciaba, hubo que esperar algo más, mucho más en la gran mayoría de los casos, pero en todo caso ya se veía en las puertas de 1961 ese anuncio fabuloso de Telefunken que nos advertía del nacimiento, sin saberlo, de una nueva época presidida por un extraño electrodoméstico que llegaría muy lejos, o llamado a llegar muy lejos. Tan lejos como proponía Marconi al publicitar a su modelo de televisión Florencia: “El modelo Florencia incorpora el arte imperecedero del Renacimiento”. Qué barbaridad, qué tendría que ver una cosa con otra.

En agosto de 1962 nos sorprenderíamos con la muerte de Marilyn asolada por los barbitúricos. “El día que murió Marilyn” fue, años más tarde, el título de la novela de Terenci Moix que reflejaba el nacimiento de una suerte de madurez dentro de ese marasmo de una década conocida como prodigiosa. Días después de la muerte de Marilyn, murió en Tomelloso un pintor local, Francisco Carretero, quien me daría muchos años más tarde, el pretexto para cerrar un estudio de mi primer libro, en ese año de 1962.

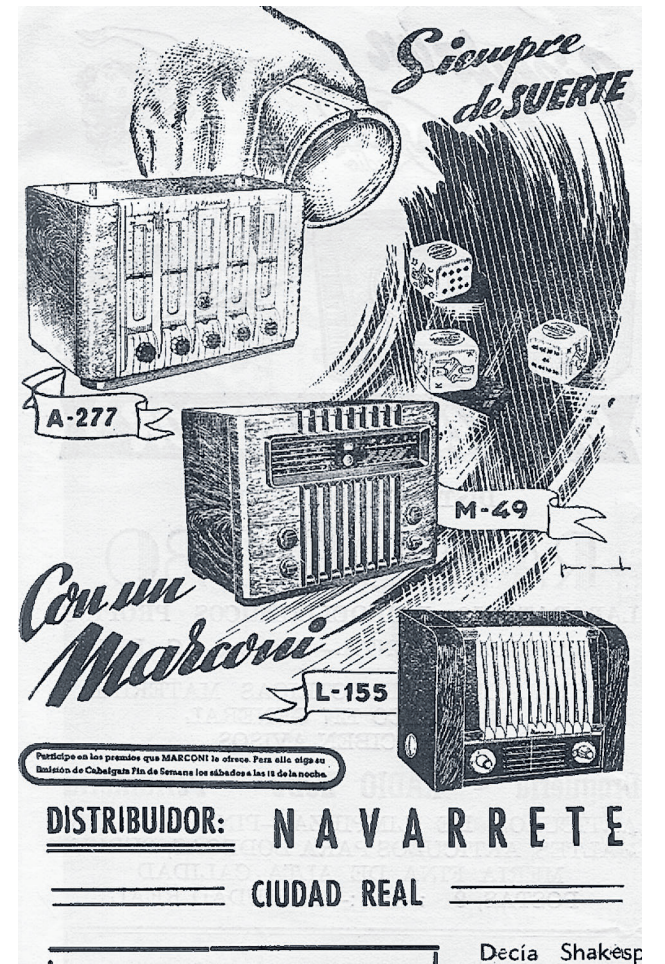
Frente a los programas de Raúl Matas, frente a las Cabalgatas Fin de Semana, las múltiples voces de José Iglesias “El Zorro”, “Matilde, Perico y Periquín” ya había recambio en forma de “Bonanza” o de “Perry Mason”, que aún veíamos absortos en los primeros sesenta como una extraña magia del entretenimiento. Telefunken se presentaba como el precursor de las 17 pulgadas de pantalla por 17.500 pesetas. “Usted también se lo merece. La mayor compensación a su esfuerzo diario es sin duda una amable y cómoda distracción. Su televisor Telefunken será para usted el merecido ambiente al regresar al hogar. No renuncie a esta felicidad en zapatillas que sólo un buen televisor puede proporcionarle”.

Otros recreos se verificaban en los salones Recreativos, que a fin de cuentas no eran más que espacios acorazados al aburrimiento merced a la disposición de futbolines con jugadores de madera ensartados

en barras de acero siguiendo una férrea estrategia de 3-4-3 y las verdes mesas de billar tapizadas de una extraña melancolía de prados satinados. Aún tardarían las primeras máquinas recreativas o flippers con múltiples luces, bolas de acero, contador de puntos y una batería de ruidos mecánicos y disparatados. Salones masculinos, como si ocultaran una latente homosexualidad o una aversión a las chicas o una timidez descomunal a las faldas y a las sabrinas y a las rebecas; salones absurdos con ese aire carcelario de internado permisivo con los cigarrillos y con algunos chascarrillos abruptos, pero donde estaban canceladas las relaciones de sexos contrarios. Recreativos Vidal en Imperio inaugurados en 1961 igual que los Billares Sevilla, los futbolines de Arenas frente a San Pedro, los de los jesuitas que regentaba un tal Molowny –no se porque tal apodo y siempre peinado perfecto como el jugador canario del Real Madrid, llamado “El Mangas”– y el Hogar Cisne, abierto por el Frente de Juventudes en la calle Alarcos y así llamado por la imagen del cisne del escudo del Frente de Juventudes. El Hogar Cisne imitaba en la decoración esos principios del falangismo femenino que eran evidentes en los salones del Círculo Medina, para las chicas de la Sección Femenina: muebles mediterráneos, maderas naturales, estanterías de fábrica y un aire de verano perpetuo en una playa imposible. Que serían a las que luego nos trasladaríamos en los campamentos de verano, con algunos amigos y con compañeros de colegio como Kirico, Carlos Ruiz, Paco Ayuga, Alfonso Caballero, Carmelo Barba y su hermano Luis Miguel, o los hermanos López Camarena. Campamentos que eran publicitados como “Disciplina y descanso. Buen clima. Alimentación sana. Amor a España. Todo eso encontrará su hijo en los campamentos del Frente de Juventudes”; claro que al mismo tiempo se nos informaba que en el año 2000 sólo llovería por las noches, consecuencia de que el clima sería, prodigiosamente, por encargo. ¿Por encargo de quién? Por encargo de ese mismo ser supremo, supimos que un poco más tarde, en el año 2500 (¿pero a quien interesaría en 1958 lo que pasaría quinientos cuarenta y dos años después?) sólo habría una raza humana, ya que todos los hombres tendrían el mismo color de piel.

Eran años presididos por la predicciones del futuro; como si todo estuviera encaminado al mañana y nada o casi nada al presente. Hay dos textos cercanos a la efemérides anual del 18 de julio que hablan por sí solos. “Los ingresos de los españoles tendrán el nivel de un país desarrollado. No habrá peones ni braceros, porque la Formación Profesional les capacita para ser especialistas” decía José García de Fernando en 1965. Igual que Waldo de Mier –que extraño seudónimo, para unas épocas tan nacionales– establecía un futuro prodigioso en tan sólo cinco años. “No habrá problema de la vivienda, ni demora telefónica, ni trenes

**“La biblioteca del colegio era reducida y orientada más al préstamo de los internos que al uso de los externos, por lo que la lectura estaba limitada. A veces nos leían en clase cosas extrañísimas, como ocurría en 1964 con el testimonio del padre Emaldi”**



de 3ª, ni carbonilla. No habrá carreteras en mal estado. Los españoles serán más altos y el campo estará electrificado”. Todo ello, todo ese universo de salones herméticos con murales idílicos de un suave amanecer en la montaña, hablaba del proselitismo ideológico de acampadas otoñales de la OJE y de la manera de ir engrasándose en ese universo que competía con el más católico de los Boys Scouts, que oponían el misterio de Baden Powell a los luceros de José Antonio. Siempre existió una extraña rivalidad no confesada ni declarada entre unos y otros; la órbita del poder político prefería a la OJE, y la órbita del poder religioso optaba por ese movimiento del scoutismo católico con sombrero canadiense. Ese conflicto latente y oculto prolongaba el que había existido en la sociedad española en los últimos años, según pude saber años más tarde entre azules y tecnócratas u opusdeístas. Otra veta formativa de los padres marianistas eran las congregaciones marianas –más aburridas aún que el espíritu castrense de esa milicia juvenil de atolondrados adolescentes– con olor perpetuo a cera derretida y textos piadosos traducidos del francés de Michel Quoist. Más allá de estas lecturas divididas entre la piedad y la Patria, te dejaban pocas opciones para el reconocimiento del territorio de la escritura. ¿Cuándo se abandona la visión plana de las “Hazañas bélicas” y se comienza el tránsito por la letra impresa?, ¿movido por quien y por qué? No por aquellos que nos uniformaban y nos hablaban de cualquiera de los más allá de luceros prendidos o de adolescentes virginales.

La biblioteca del colegio era reducida y orientada más al préstamo de los internos que al uso de los externos, por lo que la lectura estaba limitada. A veces nos leían en clase cosas extrañísimas, como ocurría en 1964 con el testimonio del padre Emaldi. Un misionero italiano que se había cortado la lengua en la China comunista y que había escrito un libro de memorias sobre su experiencia horrible de mutilación. Con aquel espíritu de lengua mutilada, sangre en China y secuelas de piedad a cualquiera le quitaban las ganas de asomarse a un libro. Aún recuerdo, de aquella bi-